

él se sentó en una silla, casi tocando con sus rodillas el bordo de la cama; del otro lado de la mesa se sentó Ojos de Perro, el Cashier y Robleda, dando la espalda á la luz; las demás personas se habían quedado fuera.

Luisa ya vuelta al conocimiento, veía á toda aquella gente con una mirada de bestezuela acorralada; el terror pasaba á veces en rachas suplicatorias por sus ojos y guardaba silencio, esperando lo que había de suceder.

Castañeta, sin hacer caso de lo que le había pasado con Luisa, momentos antes, le habló, dando á su vez un tono de paternal bonachonería:

—Mira, hijita. Tú me perdonarás, lo que te voy á preguntar, pero es necesario que comprendas que es por tú bien.

Luisa no contestó; de vez en cuando un sutil rayo de coraje estremecía sus nervios en los que chocaba el "tuteo" del viejo.

—Vamos á ver: ¿Sabes por qué estás aquí?

—Nó.

—"Pos" ehula, es muy duro decírtelo, pero no hay más remedio: "Pos" allí tienes pues que se encontraron en tú casa una porción de cosas que son de la Tienda y como no las has comprado "pos" hija, tienen que ser ro-

badas. Que dices?

—¡Miente Vd.! ¡Viejo miserable! ¿Por qué me dice Vd. que soy ladrona? Desde el primer día que me encerraron aquí Vd. me dijo lo mismo y Vd. sabe bien, y todos VV. lo saben, —dijo dirigiéndose á los demás— VV. saben bien que yo no he robado. ¿Díganme VV.? —continuó, cambiando el tono indignado de su voz—¿á qué vienen estas cosas? ¿Por qué me tienen VV. aquí? Sé que Enrique está preso también por que dicen que ha robado. Esto no es verdad. No puede serlo. Si él hubiera robado yo lo sabría por que él no podía ocultármelo. Yo estoy segura, enteramente segura que él no ha robado y es una infamia que esté preso. Está bueno. Yo tengo algunas cosas: ropa, juguetes, zapatos, pero ésto han sido presentes que, con permiso de Enrique, me hizo el Gerente de la Tienda. Esto lo dije desde el primer día á Vd., Señor Juez. Esto lo pueden saber VV. bien. Pero ésto no es un robo. Yo no soy ladrona y VV. cometen un crimen con mi esposo y conmigo con lo que están haciendo. He sufrido mucho, mucho, desde que estoy aquí. Yo nunca me había imaginado que pudiera estar presa alguna vez y he deseado mil veces la muerte para que concluyeran de una

vez mi martirio y mi deshonor. ¡Yo no soy ladrona! ¡No! ¡No! ¡No! soy ladrona. Ni Enrique es ladron! ¡¡Oh!! ¡Esto es horrible!

Se cubrió la cara en aquel esfuerzo sobrehumano que había hecho para hablar. Su fisonomía, cambiando según los sentimientos que la animaban, había concluido por ser la expresión del dolor y de la desesperación; sollozos convulsivos agitaban su cuerpo y con las mangas de su blusa se secaba las lágrimas. Todos callaban y ocultaban sus ideas en la sombra que protegía sus caras. Luisa prosiguió:

—Si VV. creen que esas cosas son robadas, yo las pagaré; tengo poco dinero, pero su valor no es grande. Pero no las he robado. Llamen al Gerente y el dirá que me las ha regalado. Llámelo VV., Señores. Sobre todo, Señor Juez, que Enrique no siga en la cárcel. Yo podré estar aquí más tiempo, mientras se prueba todo; es cuestión de preguntarle al Gerente. Hágalo Vd., Señor Juez. Todavía es temprano y puede hallársele en la Tienda. Yo he sufrido tanto, tanto, por una cosa que no vale la pena y luego ¿que yo soy ladrona? ¡¡Oh!! ¡No! ¡No! ¡Esto no! ¡Esto me mata! ¡¡Que vergüenza!! ¡¡Esto es horrible!!

La dejaban que hablara y la frialdad y el

silencio de aquellos hombres producía en Luisa de una manera vaga un terror que paulatinamente iba invadiéndola.

Fijó sus ojos en ellos queriendo ver sus fisonomías y se lo impidió la sombra y entonces sintió fuertemente, fijas en ella, aquellas miradas que la fascinaban con el firme y cruel propósito que en ellos presentía. Notó su propia vulnerabilidad y no pudo hayar nada al alcance de sus facultades, con que defenderse. Sintióse acorralada en aquel reducido espacio y espuesta á ellos, presentando el blanco que la luz hacía cruelmente resaltar, al ataque de aquellos hombres, comprendió y se dió exacta cuenta de toda su debilidad y presintió instintivamente el abismo á cuyos bordes oscilaba.

Repentinamente interrumpió aquel silencio la voz de Castañeta, pero ahora hablaba con dureza, breve é imperiosamente, golpeando brutalmente con sus palabras, sin la más ligera lástima y su fisonomía se tornaba bestialmente cruel:

—Bueno. ¿Y las demás cosas que se encontraron en la casa?

Luisa abrió asombrada los ojos.

—¿Cuáles cosas? ¿De qué habla Vd.?

—Mire Vd.—dijo Castañeta, casi gritando— si sigue Vd. así, no nos entenderemos. Vd.

sabe bien de que cosas hablo.

—Pero yo no sé á que cosas se refiere Vd.— dijo Luisa espantada ante aquello que ella ignoraba.

—¿De manera que Vd. no sabe de que cosas hablo?—preguntó con brutal ironía Castañeta, y procuraba dar á sus expresiones el más cruel intento. Su intento era aterrar y se irritaba colérico ante las pertinaces resistencias de Luisa.

—¡No sé! ¡No sé! ¿Dígame Vd. que es eso?

Castañeta en vez de contestar directamente y siguiendo su táctica, su táctica de viejo Juez, le dijo:

—Decididamente Vd. quiere echar toda la carga sobre su marido, pero si así lo quiere Vd., pues adelante. No hay remedio.

Áquello era terrible para Luisa y Castañeta lo sabía. Era su orgullo. Cuando él hacía caer á un criminal en el lazo que le tendía, se contemplaba á sí mismo en la sincera admiración que le causaba su privilegiada inteligencia, con la que siempre había obtenido tan maravillosos resultados en cuestiones judiciales.

—¡Señor! ¿Dígame Vd., por favor. Se lo suplico á Vd., que va á pasar con Enrique? ¿Qué ha hecho Enrique? ¡Esto es espantoso!

¿Qué es lo que ha hecho Enrique. Dígamelo Vd., Señor? ¡No! ¡No! ¡Yo no quiero que á Enrique le pase nada!

—Bueno. Bueno—dijo Castañeta, ya no tan ásperamente—parece que ya se pone Vd. algo razonable.

—Señor, yo no sé nada de lo que Vd. dice. Se lo juró á Vd., por la santa memoria de mi padre; pero si Enrique ha hecho algo, estoy segura que es inocente. Si algúien habla mal de Enrique es un infame. Dígame. Dígame Vd., Señor.

Suplicaba llorosa y adelantándose hacia el Juez en un impulso de ruego, humillándose y aceptándolo todo; loca por el terror que le inspiraba la idea de que á su marido le fuera á pasar algo. Lo veía en poder de aquellos hombres, tan irresoluto, tan débil y se proponía aceptar todo, todo lo que viniera, por salvarlo. Un miedo espantoso se apoderó de ella y le daba fuerzas para ponerse en pié, para correr á salvar á aquella pobre criatura á quien veía desarmado sin ella, víctima inofensiva, entre las garras de aquellas fieras.

Todavía Castañeta se saboreó sibariticamente en aquel martirio y dijo:

—Bueno. Pues es necesario que Vd. se re-

suelva á hacer algo por que si no, las cosas irán mal, muy mal.

La trampa había cogido á la víctima. No cabe duda, el Juez sabía llevar las cosas á donde el quería.

—¡¡Dígame!! ¡¡Dígame!!—gritó Luisa, repitiendo aquella palabra que era la más completa expresión de la súplica y yá sin cuidarse de sus lágrimas que corrían libremente por sus mejillas y tendiendo sus brazos, queriendo nerviosamente cojer á Castañeta, como si tuviera miedo de que se escapara de allí y la dejara abandonada en su desesperación.

—La cuestión es ésta, y es por demás que grite y que arme tanto mitote, y ésta es la verdad, créalo Vd. ó no lo crea: su marido ha robado á la Tienda de la Compañía; el robo está probado y su condena tendrá que ser de cinco á seis años. Esto es muy triste para mí decirlo y hacerlo, pero la cosa no tiene remedio.

Luisa lanzó un alarido sobrehumano provocado por aquellos furiosos golpazos que le machacaban el cerebro y que repercutían brutalmente en su corazón.

—Solo hay una manera de que ésto se componga—siguió diciendo Castañeta—el Señor Cashier y el Señor Manager, así como el Señor

Licenciado Robleda, se han interesado mucho por VV. y me han propuesto lo siguiente: que Vd. se confiese culpable de lo que ha robado su marido. De esta manera D. Enrique saldrá libre y Vd. saldrá también, por que se nos ha recomendado que no toquemos á las mujeres en este asunto. ¿Acepta Vd.? Si acepta todo quedará arreglado en este momento; si no, la cosa no tiene remedio. ¿Qué dice?

—Eso es, Luisita. Precisamente si hace Vd. eso se arreglará todo—dijo el Cashier ansiosamente interviniendo de exhabrupto y casi levantándose de su asiento.

En aquel momento, Luisa presintió ténue-mente el sutilísimo esfuerzo, la incipiente palpita- ción, embrionaria, vagorosa de un nuevo aliento que apenas la sostuvo al borde del abismo, pero que le ayudó á vacilar inconscien- temente antes de precipitarse en él; dirigió sus miradas hacia el Cashier separándolas de Castañeta y rompiendo la fascinación que hasta este momento había él sostenido sobre ella.

—Señor—dijo al Cashier—yo estoy dispuesta á hacer todo lo que sea necesario para salvar á Enrique. No me importa lo que á mí me suceda, pero él no puede seguir preso ¡Oh! ¡No! ¡No! Esto no puede ser—sollozaba convulsiva-

mente—¿Pero cómo es posible que él lo haya hecho?—añadió hablando consigo misma.

Luisa quedó en silencio, pensativa, independiente casi de la presencia de aquellos hombres. La lucha tan tremenda que soportaba, en vez de estenuarla le había dado energía y ahora se reformaba en ella, inspirándole el ánsia de saber en que consistía el robo cometido por Enrique y esa ánsia era imperiosa y se apoderaba de ella y la envolvía y la penetraba y repletaba su cerebro de interrogaciones.

Aquellos hombres empezaron á sentirse cansados de aquella situación y deseaban que concluyera cuanto antes. Repentinamente se levantó Ojos de Perro y dirigiéndose á Castañeta le dijo en inglés, imperativamente:

—Creo que ésto está concluido y si algo queda que hacer, favor de trabajar pronto.

—Allá vamos—dijo Castañeta levantándose y llamando á un escribiente. Este buscó uno de los papeles del mamotreto que conducía y extendió un pliego sobre la mesa.

Buscaron una carpeta para que Luisa la apoyara en sus piernas y pudiera firmar. El escribiente, un jayán medio borracho, andaba torpemente y queriendo hacer las cosas con prontitud empujó la mesa que cayó al suelo, tirando pape-

les y tintero.

—¡Animal! ¿Por qué no pones cuidado?—le dijo colérico Castañeta.

—“¡Adiós!” “Pos” si no veo, pues—replicó el escribiente irritado por el modo con que le habló Castañeta.

—¡A ver! ¡Levanta eso. Pronto!

Mientras el amanuense recojía tentaleando los papeles del suelo, Ojos de Perro y el Cashier se asomaban á la ventana. Robleda que había permanecido callado todo el tiempo se mascaba los puercos bigotes. El Juez miraba á veces al escribiente que recojía los papeles ó al grupo de Ojos de Perro y el Cashier.

Luisa se concentró en la lucha interior que, ya casi llegaba á todo su desarrollo en aquel instante y que conforme pasaban los segundos, se acentuaba más y más, sin que aquellos hombres se dieran cuenta de ello, debido al incidente de la caída de la mesa. Su debilidad física acrecentada por las terribles emociones que acababa de sufrir, casi la dominó por completo y automáticamente se dobló en el lecho; su cabeza quedó boca abajo, estiró las piernas y experimentó, con el descanso físico que aquello le produjo, una concentración más intensa de sus fuerzas mentales y aquel aliento que había

empezado á palpar en ella, en embrionación ténue y vagorosa, tomaba ahora una contornación precisa y enérgica y se desarrollaba en forma de elemento ético, perfectamente distinto y que le hizo entrever, adivinar oscuramente, el propósito de aquellos hombres. Ella no definía nada, pero el espíritu de aquella fuerza ahuyentaba el terror que la había subyugado tan absolutamente, momentos antes. El miedo que le inspiraba la suerte de su marido se disipaba y la idea de que la tomaban como un pretexto, de que lo mismo que hacían con ella debían hacer con Enrique, se infiltró en su cerebro, lo invadió y lo hacía vibrar como si las flamas de un incendio crepitaran dentro y le infundieran una resolución heroica de morir luchando, frente al peligro, sin retroceder; aceptando ser muerta en esa lucha, pero sin otorgar concesiones, sin miedos y sintiendo el ridículo de la huida y temiéndolo más este ridículo, que significaba cobardía, debilidad, que la muerte misma. Su cerebro revolucionaba en la fiebre de aquella lucha interior. Dentro de las concavidades de su cráneo se intensaba toda su sangre y toda su vida y su cuerpo flotaba en el vacío en que oscilan las materias que abandonan la vida pero que no pertenecen todavía á

la muerte física. Su corazón palpitaba con un ruido que sonaba como el traqueteo de una carreta vieja y enviaba sus últimos efluvios de sentimiento á la cabeza, en la que flameaban la idea y el valor en una última armonía victoriosa de aquella vida, que casi se extinguía en las sollozantes convulsiones en que todavía se agitaba.

Esto se sucedía en un instante.

—Ya está listo todo—dijo el jayán semi-borracho.

Había conseguido un pedazo de tabla y con el papel encima, en una mano, con la otra presentaba á Luisa una pluma para que firmara.

—A ver. Muchacha, firma aquí—le dijo Castañeta.

Luisa levantó la cabeza y volteando la cara vió á Castañeta y en voz queda, débil, susurrante, que no dejaba adivinar más que un profundo desaliento, preguntó :

—¿Qué quiere Vd. que firme?

—¿Como qué? Lo que le he dicho.

—Tenga Vd. la bondad de leer eso. . . que voy á firmar.

—¿Qué? gritó Castañeta.

Al oír el grito de Castañeta se acercaron los demás.

—Sí. Tenga la bondad de leer eso—apenas se oía su voz.

Castañeta comprendió ya lo que pasaba y en gritos furiosos, destemplados, borbotando inmundicia grosera por su boca de viejo borracho acostumbrado á asustar presos y mujeres de burdél, sus palabras surgían como la reventazón de una cloaca :

—No me venga Vd. con P. A Vd. le importa una lo que diga ó no diga este papel. ¿Firma ó no firma?

—No firmo—apenas se oía el sonido de la voz.

—Diga otra vez. ¡Hija de.!—rugió aquella bestia.

Luisa no contestó, parecía casi muerta y cerraba los ojos bajo el absoluto dominio de su resolución.

—¿Quiubo? ¡Vieja!—ahuyó Castañeta en el paroxismo del furor.

Robleda se había acercado é inclinándose sobre la cama cojió un brazo de Luisa, jalándolo brutalmente, frenético por la actitud de la mujercita; sus bigotes puercos se erizaban y sus ojos abiertos se enrojecían por la cólera de marrano que lo poseía.

—No firmo—dijo en un último aliento Luisa. Su voz se extinguía y no hacía esfuerzo para

defenderse de lo que hacía Robleda con ella y casi yá próxima á caer de la cama por los jalones. Parecía un pingajo humano que se abandonaba al maltrato de aquellas bestias y solo un átomo de vida vibraba indomable en su resolución, que yá parecía cercana á la muerte, pero que la sostenía en una vida extraña, que prolongaba la circulación de su sangre en una solapada vitalidad, como si quisiera engañar á la muerte misma, para alejarla confiada de allí y renacer más tarde, vigorosa y firme.

—Será bueno dejar ésto por ahora—dijo el Cashier y al mismo tiempo cojió la mano de Robleda y se la retiraba del brazo de Luisa, quien permaneció en el lugar que la dejaron los jalones de Robleda, allí quedó ya abandonada de sus fuerzas, con la cabeza caída fuera del borde de la cama, flojo el vendaje que la cubría y abierta de nuevo la herida, empezaba á chorrear sangre, enrojeciendo la blancura de la curación.

Al oír Castañeta lo que decía el Cashier lo miró con rabia y refiriéndose á Luisa le dijo :

—Métasela en el

El marrano encolerizado no hallaba como hacer efectivo su coraje.

—De ésto, Vd. no más tiene la culpa—le dijo

Ojos de Perro— por que Vd. es el que tiene obligación de llevar las cosas como se debe y así le promete siempre, pero también siempre á la hora de hacerlo, todo sale como cosas de borracho. Bastante me pesa el dinero que estos “Greasers” le cuestan á la Compañía y son buenos para nada.

Salió del cuarto y detrás de él el Cashier.

Luisa no se cuidaba de nadie y empezaba á sentir una especie de borrachera, debido á la anemia que le había causado la herida. Su fuerza moral y nerviosa se anegaba en el agotamiento provocado por tan prolongada y tremenda lucha y á pesar de todo, sentía que un dulce bienestar gratamente la invadía y una placidez la penetraba suave y confusamente, saturada de vagos ensueños.....descanzaba por fin.

Castañeta y Robleda se miraron como imbéciles y maquinalmente salieron, precedidos por el jayán semi-borracho.

El policía que cuidaba á Luisa entró silenciosamente en la estancia; vió á Luisa y salió rápidamente, volviendo á poco con un vaso de té con leche. Sin hablarle la acomodó en la cama, luego le alzó la cabeza y acercó el vaso á sus labios. Luisa bebió, bebió con ánsia infi-

nita hasta la última gota y luego dejó caer en el pecho del policía su cabeza; éste la acomodó dulcemente en la almohada como á un niño.

—¡Pobre! ¡Pobrecita criatura!—dijo aquel hombre y tropezando con sus propios piés salió de allí luchando por contener sus lágrimas.

Luisa se entregó al sueño, al santo y buen sueño que, como la santa y buena muerte, ha de dar el descanso y fuerzas para continuar la eterna y ruda y buena y santa lucha.....

